

Primera Pandemia. Peste de Justiniano

A mediados del siglo VI se produjo la gran peste de Justiniano, en la que se describe una sintomatología compatible con la peste bubónica, y por tanto, considerada como tal la primera de la Historia. Parece ser que la epidemia se originó en el año 541 en Etiopía, alcanzó Egipto y más tarde las estepas asiáticas centrales¹. Desde África o Asia, la pestilencia se extendió con rapidez a través de todo el mundo romano, siguiendo las rutas comerciales que intercambiaron por igual infección y mercancías, sobre todo grano, siendo especialmente grave en las ciudades con puerto marítimo, de donde se expandía hacia el interior de las provincias. El movimiento de tropas proporcionó una fuente magnífica para la propagación de la epidemia, que afectó Siria y Palestina. De allí viajó hacia Persia y provocó la retirada del ejército del rey sasánida Khusro I Anoshirvan al este del río Tigris.

En la primavera del año 542 la peste alcanzó Constantinopla, donde tuvo muy severas consecuencias. Más tarde fue extendiéndose hacia Occidente: Italia fue alcanzada en el año 543, igual que Grecia, Liguria, Germania, Galia y todo el mundo conocido, llegando incluso a Dinamarca e Irlanda. Hay autores que indican que en el Imperio Romano la población humana quedó reducida al 50%, y la sensación reinante era que aquello significaba la extinción de la humanidad. Es muy probable, sin embargo, que se hubieran producido diversas oleadas epidémicas de distinto origen, y aparte de la peste bubónica podrían haberse desatado episodios de gripe, viruela, disentería, cólera o difteri, que coincidirían con castástrofes naturales como terremotos (21 en Constantinopla entre 363-583). Justiniano, emperador romano en aquella época, fue uno de los afectados con la enfermedad, que superó gracias a una “*dieta rigurosísima*”.

Aunque hubo diversos escritores que documentaron este periodo, las fuentes principales se reducen a tres, que reflejaron claramente que se trataba de peste bubónica al hacer notar la formación de bubones: Iohannis Ephesini (Juan de Éfeso)², Evagrius Scholasticus (Evagrio Escolástico)³ y sobre todo Procopius Caesarensis (Procopio de

¹ Hoy en día se desconoce con exactitud el lugar de origen de esta peste. Pudo ser en los reservorios actuales que se encuentran en África central, países como Kenia, Uganda o Zaire; pero otros autores opinan que la enfermedad se inició en Asia, como más tarde sucedió con otras epidemias. Según los historiadores Jean-Noël Biraben y Jacques le Goff, las epidemias de peste del siglo VI de nuestra era se iniciaron probablemente en los grandes lagos de África. Y a partir de esas regiones se extendió la variedad “salvaje” del bacilo, conocido como *Yersinia pestis Antiqua*, con ribotipo O. Desde estos parajes, de Etiopía hasta Egipto, llegando a Pelusium, el puerto marítimo del delta del Nilo, la peste nilótica de 541-542 ganó enseguida las grandes ciudades portuarias del Mediterráneo. Sin embargo, también hay autores que opinan que este foco africano podría ser secundario y nacido precisamente de la peste de Justiniano, habiéndose propagado desde las costas del norte de África hasta las regiones de los grandes lagos.

Existe también el llamado tipo *pestis Medievalis*, una variante del ribotipo O, pero incapaz de reducir nitratos como parte de su metabolismo. Su distribución geográfica se encuentra en los lugares donde tuvo lugar la segunda pandemia, originada en Asia. Finalmente, el tipo *pestis Orientalis*, con ribotipo B, sin capacidad para fermentar glicerol a partir de su metabolismo, está actualmente disperso por los cuatro continentes, expansión que se produjo tras los brotes epidémicos de China en el año 1894. Recientemente, ha sido decodificada completamente la secuencia de DNA de *Yersinia pestis* y los investigadores anunciaron que se trata de una bacteria que se ha mantenido extremadamente constante a lo largo de los siglos.

² Obispo enviado por Justiniano a Asia Menor (año 542) con el fin de convertir paganos al cristianismo. Escribió *Historiae Ecclesiasticae*, de la cual se conservan breves fragmentos.

³ Historiador y prefecto honorario en Antioquia, autor de otra *Historia Ecclesiastica* que cubría los años 431 a 594. Contrajo la peste y la superó, pero no así su primera mujer, varios hijos, un nieto y diversos criados.

Cesarea)⁴.

Evagrius situaba el inicio de la epidemia muy al sur, en Axum (actual Aksum, Etiopía). Procopio, por su parte, creía que se originó más al norte, en Pelusium, en las bocas del Nilo: *“por este tiempo se declaró en Roma una epidemia de peste que estuvo a punto de acabar con toda la raza humana. Comenzó entre los egipcios que habitaban en Pelusio. Y tras aparecer, se propagó en dos direcciones: por un lado hacia Alejandría y el resto de Egipto; por el otro, llegó a la zona de Palestina que limita con Egipto, y desde allí se extendió por la tierra entera, siempre adelante en su camino y avanzando en las épocas que mejor le venía”*.

La epidemia se extendió a lo largo de las rutas comerciales que afectaban las ciudades portuarias. Juan de Éfeso y Procopio relataban que muchas naves navegaron sin control por el mar y llegaron a la orilla con toda su tripulación muerta. Procopio añadía que los marineros afirmaban haber visto una nave de bronce fantasmagórica con remeros sin cabeza y que cerca de la costa de Palestina se aparecieron monstruos en el mar; y que sólo ver las apariciones, *“al momento eran atacados por la enfermedad”*.

Evagrius describió los síntomas diciendo que se producía una inflamación facial seguida de un dolor de garganta. Procopio fue mucho más extenso: *“repentinamente les daba fiebre, a unos cuando acababan de despertarse, a otros mientras estaban paseando y a otros en medio de cualquier otra actividad. Y el cuerpo ni cambiaba de color ni estaba caliente, ni tampoco se producía ninguna inflamación, sino que la fiebre era tan tenue, desde que comenzaba hasta el atardecer, que ni a los propios enfermos ni al médico al tocarlos les daba la impresión de que hubiera ningún peligro. Pero a unos en el mismo día, a otros al siguiente, y a otros no mucho después, les salía un tumor inguinal, no sólo en esa parte del cuerpo que está bajo el abdomen y que se llama ingle, sino también en la axila; y a algunos incluso junto a la oreja y en diversos puntos del muslo.*

Unos entraban en coma profundo, otros en un deliro agudo y cada cual sufría los efectos propios de la enfermedad. Sin embargo, los que eran dominados por el delirio sufrían un terrible insomnio y muchas alucinaciones: pensaban que venía gente a matarlos y se hallaban inquietos y huían gritando como locos. Quienes los atendían caían rendidos de fatiga porque no descansaban y era la suya una mortificación continua e irremediable. Y cuando se caían de la cama y rodaban por el suelo volvían a acostarlos; y cuando se precipitaban ansiosos fuera de sus casas, los forzaban a empujones y a rastras a regresar.

Muchos perecían por falta de alguien que los cuidara, ya fuera porque el hambre los consumía o porque se arrojaban desde algún lugar elevado. Y a los que no entraban en coma ni sufrían aquellos delirios, se les gangrenaba el tumor inguinal y morían por no poder ya resistir los dolores. Lo cierto es que algunos médicos, sin saber qué hacer y creyendo que la clave de la enfermedad se reducía a los tumores inguinales, decidieron examinar los cadáveres de los fallecidos. Y después de abrir algunos tumores descubrieron un tipo extraño de carbunco que se había generado en el interior.

En aquellos casos en que el tumor inguinal se inflamaba aumentando de tamaño y supuraba, los pacientes salían de la enfermedad y se restablecían, porque evidentemente la gravedad del carbunco remitía de esa forma y la mayoría de las veces era señal de que se iba a recobrar la salud. Pero cuando el tumor conservaba su primer

⁴ Considerado el último historiador de la Antigüedad tardía, consejero legal del general Belisario, viajó con él por todo el Imperio durante sus campañas militares y fue testigo de la peste de Constantinopla, que describió en su *Historia de las guerras* (libro I, Guerras Persas).

aspecto, entonces era cuando sobrevenían los procesos malignos. A otros que sobrevivieron les sucedió que la lengua no les quedó ilesa, y siguieron con vida pero balbuciendo o hablando con dificultad y de manera ininteligible. Unos morían de inmediato; otros, después de muchos días. A algunos, el cuerpo se les cubría de pústulas negras tan grandes como una lenteja y no sobrevivían un solo día, sino que todos morían en seguida. A muchos también les sobrevenía un vómito espontáneo de sangre que acababa con ellos al momento.

Los médicos más reputados predijeron que morirían muchos que, inesperadamente, sanaron poco después, y aseguraron que se salvarían muchos que, sin embargo, iban a parecer muy pronto. De tal modo que no había ninguna causa de esta enfermedad que pudiera ser comprendida por el razonamiento humano, pues en todos los casos la recuperación se producía la mayor parte de las veces de una forma impensada. Así, para unos los baños fueron beneficiosos y para otros muy perjudiciales. Muchos que no recibían cuidados morían, pero muchos también se salvaban contra toda lógica. Y, además, los mismos tratamientos surtían efectos distintos en aquéllos a quienes se los administraba. En resumen, los hombres no descubrieron ningún remedio para salvarse: ni previniendo el mal para no sufrirlo, ni para sobrevivir una vez infectados; al contrario, enfermaban sin ninguna causa justificada y el restablecimiento era igualmente espontáneo.

Las consecuencias de la epidemia fueron trágicas. Procopio contaba que la enfermedad se alargó en Constantinopla durante cuatro meses, de forma virulenta en tres de ellos y causando una gran mortandad: *“al principio morían en número un poco mayor al de costumbre, después las pérdidas fueron elevándose progresivamente, para luego alcanzar una cantidad de cinco mil víctimas al día, hasta llegar a diez mil o incluso más. Así pues, primero, cada cual se ocupaba de enterrar a los fallecidos de su propia casa, a los que venían a arrojar en tumbas ajenas, o a escondidas o utilizando la violencia.*

Posteriormente, la confusión fue total en todos los aspectos. Hubo esclavos que se quedaron sin dueños, y hombres que eran muy ricos se vieron privados de la asistencia de sus siervos domésticos, por estar enfermos o haber muerto; y muchas casas quedaron totalmente deshabitadas. De ahí que, en razón de esta misma escasez de seres humanos, sucedió que algunas personas ilustres permanecieron insepultas durante muchos días.

Al emperador le tocó tomar medidas y ocuparse del asunto. Y así, distribuyó partidas de soldados de palacio y sumas de dinero y le ordenó a Teodoro que se encargara de ese cometido, de sepultar los cuerpos de los desatendidos. Y cuando ya se llegó al extremo de que todas las tumbas que antes había estaban llenas de cadáveres, cavaron, uno tras otro, todos los rincones de la ciudad y allí colocaban a los que iban muriendo, cada cual como podía, y luego se alejaban. Pero, a la postre, los que estaban cavando ya no podían dar abasto a la gran cantidad de fallecidos, de modo que subieron a las torres del recinto amurallado de Sicas (barrio de Gálata) y allí, después de haber derribado sus techos, se pusieron a arrojar los cuerpos desordenadamente y a amontonarlos de cualquier manera; y cuando las torres estuvieron llenas de cadáveres, las cubrieron de nuevo con los techos. Y a partir de entonces corría hasta la ciudad un aire pestilente que atormentaba aún más a sus habitantes, sobre todo cuando lo traía el viento al soplar desde allí.

Cesaron todas las actividades y los artesanos abandonaron sus ocupaciones y los demás trabajos que cada cual tenía entre manos. Y así, en una ciudad sencillamente

sobrada de toda clase de buenos productos, el hambre retozaba a rienda suelta. Por supuesto, tener bastante pan o cualquier otro alimento parecía una cosa difícil y extraordinaria, de tal manera que en algunos enfermos, el trágico desenlace de su vida fue manifiestamente prematuro debido a la falta de artículos de primera necesidad. En resumen, era totalmente imposible ver a nadie en Bizancio vestido para tratar asuntos oficiales, en especial cuando vino ya a enfermar el emperador, pues también a él le salió un tumor en la ingle, y en la ciudad que tenía el poder sobre todo el imperio romano, todos permanecían tranquilamente en casa cubiertos con mantos en calidad de simples particulares.

En este momento desaparece todo pánico ante la crueldad de la muerte. Sin miedo a ella cerraban los ojos los hombres, cualquiera que fuera su edad. Desaparece el llanto amargo, y no se humedecen los ojos de dolor, porque cada cual siente su propio miedo. Nadie entonces cumplía con el ritual debido a los muertos, no hay manifestación de duelo por ninguna parte: el marido no llora a su esposa, ni la novia al novio, la madre no siente dolor por los hijos ni los hijos por la madre. ¡Ay corazones insensibles, que no lloran ante una muerte en ningún otro sitio conocida! Se decreta luto público, pero nadie en la intimidad derrama lágrimas: nadie da valor a la muerte”.

Juan de Éfeso, basado en el libro de la revelación, tuvo la certeza que el fin del mundo estaba cercano y explicó muchos de los elementos más grotescos de la epidemia. Explicaba que muchos hombres vieron apariciones y terribles visiones antes y después de contraer los primeros síntomas. Para este autor no se trataba de alucinaciones sino de visiones del reino del otro mundo, pues creía firmemente que la epidemia era un castigo divino en respuesta a los pecados humanos. Procopio opinaba de manera parecida, pues todo aquello sólo podía ser obra de Dios: *“Y lo cierto es que, para cualquier otra calamidad de las que manda el cielo, hasta podrían aventurar quizá, quienes se atrevan, alguna explicación de su causa, como a menudo suelen hacer los que tienen la habilidad de fantasear razones absolutamente incomprensibles para los demás mortales y fingir teorías peregrinas sobre los fenómenos naturales; y aunque saben que lo que dicen es una insensatez, se consideran satisfechos al engañar con sus embustes y convencer al primero que encuentran en su camino. Para este desastre, sin embargo, no hay manera de expresar con palabras un motivo ni de concebirlo mentalmente, salvo que nos remontemos a la voluntad de Dios”.*

El obispo Zacarías de Mitilene escribió que *“era sabido que Dios utilizó el látigo de Satán para destruir a los hombres”*. Cerca de Antioquia, el asceta Simeón Estilita, el Joven, rogó entre lágrimas a Cristo y recibió una respuesta: *“los pecados de esta gente son múltiples. ¿Porqué preocuparse por su enfermedades?”* *“Por su amor, os pido que no los hiera más”*. Para ahorrar la pena del santo, se dijo que Dios concedió a Simeón el poder de sanar a los creyentes y de esta manera muchos de los afectados por la epidemia recurrieron a él y fueron curados. Sin embargo, uno de los grupos más afectados por la epidemia fueron los monasterios; antes de año 542 estaban censados ochenta y dos cerca de Constantinopla, y tras la epidemia la mayor parte de ellos. Con todo, la religiosidad de la población aumentó y la Iglesia cristiana se benefició financieramente al recibir recursos privados de aquellos ciudadanos que habían apoyado previamente los proyectos sociales.

Procopio dijo que morían 5.000 personas de forma diaria y un día hasta 10.000, y así duró cuatro meses. A pesar de que estas cifras puedan ser exageradas, es evidente que la epidemia afectó profundamente a la población. Según estos datos, habría perecido un tercio de los ciudadanos, alrededor de 600.000. Las fosas abiertas para contener los

cadáveres tenían una capacidad para 70.000 cuerpos, pero pronto fueron insuficientes para albergarlos a todos. Muchas casas se convirtieron en tumbas y familias enteras murieron de la peste sin que nadie en el exterior supiera de ello. Juan de Éfeso indicó que morían entre 5.000-16.000 personas diarias y que los hombres de la ciudad dejaron de contar cadáveres a partir de los 230.000, cuando los cuerpos esparcidos por todos lados eran incontables.

Hay autores que opinan que, unido al resto de desastres producidos durante el reinado de Justiniano, la peste pudo haber reducido un 40% la población del mundo mediterráneo hacia el año 600. Podría considerarse que 300.000 personas murieron en Constantinopla durante el verano del año 542 y alrededor de 100 millones en todo el mundo conocido. La mayor parte de los historiadores opinan que el Medio Oriente, Egipto y el norte de África no recuperaron la población anterior al año 540 hasta finales del siglo XIX.

Pero la peste no se detuvo en Constantinopla, sino que se extendió hacia todo el Occidente cristiano en los siguientes años, aunque ya era conocida con anterioridad, como reportaba Gregorio de Tours (ca. 538-ca. 594), obispo e historiador de la iglesia en su obra *Historia Francorum*: “cuando en el año 527 murió *Quintianus*, obispo de Rodez, San Gal⁵, con el apoyo del rey, ocupó su plaza. En esta época la peste infectaba numerosas regiones, sobre todo la provincia de Arles, y San Gal padecía menos por él mismo que por su pueblo. Como suplicaba a nuestro Señor durante día y noche para que le ahorrara en vida la visión de tal miseria entre sus feligreses, un ángel del Señor, cuya cabellera y vestido eran blancos como la nieve, se le apareció en sueños y le dijo: “obispo, haces bien en rezar así al Señor, para bien de tu pueblo; tus ruegos han sido escuchados, y tú estarás, igual que tu pueblo, al abrigo de esta epidemia, y nadie en esta plaza morirá mientras tu vivas; pero dentro de ocho años temblaréis”. Pero cuando murió el santo, “la peste reapareció y hubo una tan grande mortandad entre la población, que era imposible contar las multitudes que fallecían. Como los ataúdes y las tablas escaseaban, se enterraba a diez y más cadáveres en una misma fosa; un domingo, en una basílica de Saint Pierre, se contaron trescientos cuerpos muertos. La muerte era súbita; nacía en la ingle o en la axila una llaga parecida a la mordedura de una serpiente; y este veneno atacaba de tal manera a los hombres que entregaban su alma al día siguiente o al tercer día; y la fuerza del veneno les enajenaba completamente los sentidos. Lyon, Bourges, Chalons y Dijon fueron extremadamente despobladas por esta enfermedad”.

En el año 582, Gregorio de Tours informaba que en Narbona se produjo otra epidemia de peste que “no concedió ninguna tregua al que hubiera sido afectado”, y añadió que en 587 devastó Marsella, “una gran peste inguinal que se extendió rápidamente”. Parece ser que un barco procedente de Hispania llegó al puerto para hacer su comercio habitual y contagió el “germen pernicioso de esta enfermedad. Y como se había extendido entre la ciudadanía, se dio el caso que en una casa donde vivían ocho personas, todas ellas murieron, quedando vacía. El fuego del contagio no llegó a las zonas rurales y quedó interrumpido durante un tiempo. Pero después, como la llama que alumbra las siegas, afectó toda la ciudad con el furor de la enfermedad”.

Uno de los episodios más conocidos fue el que tuvo lugar en Roma en 590, después que el año anterior se hubieran producido unas lluvias torrenciales que afectaron todo el país y el río Tíber se desbordara y anegara una buena parte de la ciudad. Según escribía el

⁵ San Gal o Gallus de Clermont (ca. 489 - ca. 551) fue tío paterno y maestro de Gregorio de Tours.

historiador y monje benedictino de Montecassino, Paul Warnfriet (ca. 720-800), conocido como Paulus Diaconus en su *Vita Beati Gregorii Papae*⁶, “cayeron sobre el Véneto, sobre la Liguria y sobre otras regiones italianas lluvias torrenciales: desde los tiempos de Noé no se recordaba un diluvio similar; los campos y los prados se transformaron en pantanos, y los hombres y los animales murieron en gran número”. El río Tíber se desbordó en Roma, “el lecho del río estaba lleno de serpientes y en una ocasión se vio bajar hacia el mar una enorme, parecida a un dragón”.

La supuesta consecuencia fue una terrible epidemia de peste que diezmó la ciudad y en la que incluso murió el Papa Pelagio II (7 de febrero de 590): “los apestados, presos de los mayores delirios, veían sobre las casas las señales del ángel exterminador y por las calles trataban de esconderse del demonio de la peste o de los fantasmas que contagiaban la enfermedad. Comenzaba a circular el rumor que el fin del mundo estaba cercano”.

San Gregorio ordenó una procesión por la ciudad rogando al cielo y a la Virgen María, de quien llevaba su imagen, que cesaran las penas de la gente y que la plaga les respetara la vida. Esta procesión duró tres días. El pueblo fue dividido en siete grupos, según su edad y condición social, y cada uno de ellos debía salir de la iglesia encomendada y reunirse en Santa Maria Maggiore: “Fue un cortejo fúnebre que iba por la Roma moribunda, en medio de la peste, y de vez en cuando, los hombres caían al suelo sin vida. De repente una visión sobrenatural puso fin a la letanía y al contagio. Mientras Gregorio atravesaba el puente que conducía hacia San Pedro, el pueblo vio sobre la torre de Adriano al Arcángel Miguel, el cual, ante los ojos atónitos de los fieles, desenfundó su espada, como significando que la peste había terminado”. Unos pocos días más tarde, Gregorio fue nombrado nuevo Papa de Roma.



Imagen nº 9.

La *Procesión de San Gregorio*, recogida en la obra de *Les Très Riches Heures du Duc de Berry*, un libro de horas magníficamente decorado, llamado “el rey de los manuscritos iluminados”, que contiene plegarias para ser recitadas por los fieles laicos en cada una de las horas canónicas.

Obsérvese al Arcángel Miguel a la derecha, sobre la torre. A consecuencia de esta leyenda, el Mausoleo de Adriano, donde se produjo el milagro, se convirtió en el Castel Sant’Angelo, que sigue en pie hoy en día.

⁶ Biografía de San Gregorio Magno (ca. 540-604), uno de los cuatro Padres de la iglesia latina.

La peste se mantuvo activa hasta la mitad del siglo octavo (ca. 750), identificándose una veintena de oleadas basándose en las escasas menciones documentales. Posteriormente se produjeron nuevos brotes epidémicos, aunque probablemente no tan virulentos, pues no aparecen testimonios tan espectaculares como los anteriores. En Europa fueron regulares y continuados entre los siglos VIII al IX. Los musulmanes registraron cinco graves epidemias de peste sucesivas a partir del episodio de Constantinopla: la peste de Whiraway (627-628); la peste de Amwas o Emaús⁷ (639-640), la peste Violenta (688-689), la peste de las Doncellas (706) y la peste de los Notables (716-717). La peste negra del siglo XIV sería la sexta.

A partir del siglo XI tuvieron lugar diversas y “supuestas” epidemias de peste, pues la sintomatología, o no está clara, o no está descrita, y por lo que respecta a la afectación en la Península Ibérica, resultaron fundamentales los trabajos de los doctores Joaquín de Villalba⁸ y más tarde Jaime Ferrán⁹:

“El año 1005 y siguientes se singularizaron por una miseria tan grande y por una epidemia de peste tan intensa que sembraron el pánico y la desolación por todas partes. Consignan varios autores, como el Cardenal Baronio, Alvar Gutierrez, Sigiberto o Gualterio, que confundidos con los muertos se sepultaron muchos enfermos todavía vivos.

En el año 1113 hubo en la población de Sant Feliu de Guixols (Baix Empordà, Girona) una epidemia de peste en el ejército organizado por Ramón Berenguer, Conde de Barcelona, preparado para la conquista de Mallorca.

Durante los años 1127 y 1128 hubo en toda Europa una epidemia general, de naturaleza incierta. Se cree que fue importada por los cruzados que, tanto en Antioquía y ante los mismos muros de Jerusalén, sufrieron carestías, miserias y males sin cuento. Europa, por espacio de los 300 años que aproximadamente duró la época de las Cruzadas, se vio constantemente afectada por las enfermedades contagiosas, cuyos gérmenes importaban los repatriados a pesar de las rigurosas medidas que con ellos y con los objetos de su pertenencia se tomaban.

En el año de 1162, el insigne Avenzoar nos dá noticia de una epidemia que padeció la ciudad de Córdoba, procedente de la corrupción del aire¹⁰.

⁷ Considerada como la primera verdadera peste de la era islámica. Según los anales mató a 25.000 soldados en el sitio de esta ciudad; de allí la epidemia se extendió por Siria, pasando luego a Irak y Egipto.

⁸ El Dr. Joaquín de Villalba (1752-1807) fue un erudito y notable cirujano español, agregado al Colegio de Cirugía de San Carlos y encargado de su biblioteca. Estuvo trabajando durante muchos años en la composición de una “Historia Universal de la Cirugía Médica Española” y finalmente, en 1803 fue publicada su única obra, la impresionante *Epidemiología española; o, historia cronológica de las pestes, contagios, epidemias y epizootias que han acaecido en España desde la venida de los Cartagineses hasta el año 1801*. En 1806, esta obra fue denunciada ante la Inquisición por presentar diversos artículos muy controvertidos.

⁹ El Dr. Jaime Ferrán y Clúa (1851-1929) fue un ilustre médico y bacteriólogo español, descubridor de una vacuna contra cólera, tifus y tuberculosis. Escribió la obra *La peste bubónica* (1907), un enorme trabajo dedicado sobre todo a la peste ocurrida en Oporto en el año 1899. Uno de los capítulos trata sobre la cronología de las pestes, desde los tiempos bíblicos hasta los primeros años del siglo XX.

¹⁰ El historiador marroquí Ibn Abi Zar (muerto entre 1310-1320), reportó otra “supesta” peste en el año 1175 en Marrakesh, donde “*la gente moría sin estar enferma. Nadie salía sin inscribir su nombre, su origen y su situación sobre un papel, el cual ponía en su bolsillo para que en caso de fallecimiento lo llevaran a su casa, junto a su familia. La cifra de muertos fue de 1.700*”.

En el año 1185 todo el reino de Castilla sufrió una cruel y mortífera peste. La ciudad que más estragos sufrió fue León, cuyo Obispo Don Enrique murió en el contagio. En el año 1199 reinó una constelación pestilencial en la ciudad de Córdoba y en algunos otros puntos de Andalucía. Averroes, médico cordobés, adoptó como profiláctica de la enfermedad la olfacción frecuente de orines de macho cabrío, prefiriendo ésta a todos los demás preservativos¹¹.

En el año 1212 tuvo lugar la célebre batalla de las Navas de Tolosa, a la que concurrió el rey Pedro I, II de Aragón, llamado el Católico, con 4.000 caballos y 12.000 infantes. Este ejército, junto con los aportados por los reyes de Castilla y Navarra, sufrió una gran mortandad de peste después de la acción de Úbeda.

En la conquista de Mallorca, que realizaron en el año 1230 los catalanes acaudillados por Jaume I “lo Conqueridor”, murieron más de 20.000 “moros”, que dejaron la isla prácticamente despoblada. Cubiertas de cadáveres las calles y plazas de la capital y temiendo que sus emanaciones inficionaran la atmósfera, los preladados que iban con el ejército conquistador ofrecieron grandes indulgencias a los soldados que trasladaron al campo los referidos cadáveres. La previsión resultó inútil o tardía, pues al poco tiempo sobrevino una peste de tan malignos caracteres, que causó una mortandad enorme no sólo de gente isleña, sino también de catalanes y aragoneses. Jaime I mandó construir en la isla un hospital para la asistencia de los epidemiados. El estrago que hizo esta cruelísima peste fué tan grande que dexó casi desierta la isla, y precisó á enviar las galeras á Cataluña en busca de pobladores, mandando dar á don Pedro Cornel, noble aragonés, cien mil sueldos para que llevase de Aragon ciento y cincuenta caballeros.

Los ejércitos del rey de Francia y de Navarra que pasaron á sitiar la ciudad de Túnez en 1270, sufrieron una gran mortandad y pestilencia en el sitio de esta plaza por el mes de Agosto del referido año, donde murió el rey francés Louis IX, San Luis¹².

El rey Don Felipe de Francia pasó en el año 1285 al Rosellon para invadir la corona de Aragón, y entrando por Gerona con doscientos mil infantes, y diez y ocho mil y seiscientos caballos, sufrió una pestilencia en dicha ciudad, de la qual murieron mas de quarenta mil franceses acosados de innumerables ejércitos de moscas de una forma diferente de la ordinaria, de la magnitud de una bellota, que herian á los caballos y gente francesa, de suerte que instantaneamente caían muertos por la ponzoña de su picadura, siendo el número de animales muertos igual al de hombres. Y el mismo rey enfermó y falleció ántes de salir de Cataluña. Este suceso pestilencial se atribuyó á un milagro de San Narcís¹³.

¹¹ El doctor de Villalba escribió que “la práctica de extinguir la peste por cosas inmundas está probada por la experiencia. Los sármatas mataban perros y gatos, y los dexaban en las calles y plazas hasta que se corrompiesen, intentado con el hedor de la podredumbre aplicar un antídoto á su veneno”.

¹² Durante la octava cruzada, Louis IX esperaba convertir al cristianismo al sultán de Túnez. Los cruzados conquistaron Cartago con facilidad, pero la Armada fue víctima de una epidemia, dicha de peste, aunque parece ser que en realidad se trató de disentería. En ella también murió Jean-Tristan, uno de los hijos del rey.

¹³ Esta “pestilencia” no tuvo nada que ver con la peste. Probablemente se trató de una epidemia de disentería en que las moscas podrían haber tenido un papel importante, no por causa de sus picadas sino por su papel de propagador del patógeno. El historiador catalán Bernat Desclot escribió en 1288 que el ejército francés asedió la ciudad de Girona dirigido por el rey Philippe III, hijo de Louis IX, proclamado rey en Túnez tras la muerte de su padre. Cuando Girona cayó derrotada y fue abandonada por la población, entraron los franceses y saquearon la Colegiata de Sant Fèlix, donde se encontraba la tumba de Sant Narcís, un santo del siglo IV dC. De golpe, de la tumba del santo empezaron a salir unas moscas enormes y venenosas, que se introducían por todos los agujeros de caballos y soldados y los picaban con

Durante el siglo XIV, antes de producirse la gran peste, distintas zonas europeas sufrieron algún brote pestífero: en 1301 en el sur de Francia; en 1304 en Italia, y según cuenta el Dr. Ferran, las ciudades de “*Aquapendente, Cesena, Roma y Piacenza fueron cruelmente azotadas y en ellas San Roque¹⁴ causó la admiración del mundo entero por la generosa abnegación y el heroico esfuerzo con que se dedicó al cuidado de los infelices apestados*”.

En 1311 afectó nuevamente Italia, igual que en 1316 y 1340. En 1333 en Barcelona, donde se reporta “*una escasez extrema y una peste funestísima*”, en la que murieron más de 10.000 ciudadanos. En 1342 afectó Francia.

gran rapidez, “*y no valían mantas ni tapas de cuero, ni ningún ingenio que se hiciera pudo evitar el ataque de las moscas*”. Cada picada era mortal y la muerte se producía en medio de terribles dolores y retorcimientos. Un pánico terrible se apoderó de los franceses, que huyeron en desbandada hacia Francia, muriendo el rey en la ciudad de Perpignan. Un refrán catalán recuerda este hecho legendario: “*Les mosques, per Sant Narcís, a cada picada en maten sis*” (Las moscas, por San Narciso, matan a seis en cada picada).

¹⁴ Ver artículo 5. Las actitudes ante la muerte y los remedios contra la peste. Los Santos protectores.